

ENRIQUE LAVEDÁN

Su Majestad

TRADUCCIÓN DE GABRIEL MIRÓ



BARCELONA ———
E. DOMENECH, EDITOR
————— 1911

30929

PA 2330

.L7

m3

ES PROPIEDAD

PRIMERA PARTE



ACERVO DE LITERATURA

115757

0.000



CAPÍTULO I

«¡Eureka!»
ARQUÍMEDES

CALLÓ la señora Adriana, la enfermera, y un pesado silencio invadió el íntimo, angosto y viejo salón que iba sumiéndose en el recogimiento del crepúsculo.

Hundido en el cojín de pluma de una ancha poltrona, vestida de tela verde rameada, el Dr. Lecharme, con casaca azul guarnecida de botones de oro cruzada encima del vientre, y calzón de nankin, meneaba nerviosamente la cabeza, mientras con los dedos tamborileaba sobre sus rótulas. Enfrente, la cocinera Brigida

permanecía silenciosa, sentada en un escabel, con los brazos colgando.

Las últimas luces anaranjadas de un tierno y jubiloso mes de abril herían rectamente una consola, inflamaban un escritorio nimbando el busto altivo de una María-Antonieta de amarillento mármol. Un espejo verdoso de labrada orla reflejaba el imperial y presumido perfil de austriaco gesto, nariz grande, frívola y orgullosa, y la regia diadema hendiendo la cabellera. De los muros, colgados de tapices de seda emergían rancios y esfumados óvalos: retratos de antepasados; los varones con ropas de raso, y entre los dedos la tabaquera de concha; ellas, con las cabezas empolvadas, ceñidos sus bustos por corsés ferrados y agudísimos, asomando los estucados senos, muy ufanas de ostentar sus manos, finas y menuditas, sobre los lomos de un sabueso, y dibujando una insinuante sonrisa.

Flotaba en derredor del mueblaje un sutilísimo perfume de vejez y nobleza, y de todo el melancólico aposento se desprendía tan intenso encanto y fragancia de blasones, tan

raro y penetrante sabor del pasado que el churrigueresco reloj, con sus Amorcillosdecobre y su péndulo moderado, blando, discreto, en vez de señalar la hora presente parecía descoger y devanar las horas de antaño.

El Dr. Lecharme no había dejado de balancear su crasa cabeza, encuadrada por cortas y espesas patillas. Frecuentemente ensanchaba los ojos y fijaba una mirada de diagnóstico en los rígidos bordes de su pantalón color de albaricoque. Después, suavizando con la diestra su ensortijado tupé que le caía por la frente, dijo:

—Sí; es innegable que habéis puesto el dedo en la llaga. La salud está ahí; únicamente eso... ¡Es innegable!...

La enfermera declaró:

—A grandes males, grandes remedios... Yo creo...

—Cierto, cierto—repetía el doctor.—Su salvación está ahí; únicamente depende de eso...

Y su mentón se sumergía en una holgada corbata de satén de color de café muy obscuro.

—Psss... ¡callad!--dijo la señora

Adriana,—me parece que está llamando...

Todos atendieron con inquietud.

La estanciera acercóse de puntillas á una puerta que fué entreabierta sigilosamente; después volvió á cerrarla muy despacio, atisbando antes por el resquicio.

—¿Qué, qué?

Ella les tranquilizó con un gesto, y volvió á su asiento.

—¡Duerme como una marmota!

Y reanudando la interrumpida plática, dijo:

—¿De manera que creéis, como yo, que si no se intenta cuanto antes ese grande y definitivo remedio, está perdida la señora Condesa?

—¡Oh, in... du... da... ble!—silabeó el viejo médico.

—Entonces...

El señor Lecharme pareció sepultarse en un abismo de cavilaciones. De vez en cuando sus erizadas cejas subían y bajaban. Todas las angustias de la incertidumbre y de la responsabilidad alteraban su rostro bondadoso y sencillo.

Al cabo desgranó estas palabras:

—Sin duda, la idea es excelente,

¡oh, excelentísima!, pero ¿y su cumplimiento? ¡Ah, su cumplimiento me parece muy difícil, muy difícil y arriesgado! ¿A quién dirigirse? ¿Quién será el varón bastante abnegado, bastante sagaz, bastante... bastante...? ¡Ah, si le hallásemos, si louviésemos, nuestra empresa caminaria por senda llana y segura! Pero yo temo que no le encontraremos nunca. Por eso decía que...

Entonces, la cocinera que había permanecido inmóvil y callada, escuchando con avidez, alzóse y murmuró torpe y confusa:

—¡Santa María!... ¡Lo encontré! ¡Lo encontré!... Tengo un pariente de la familia de mi padre ya difunto, que es hombre leal y entendido, aunque esté cerca de los sesenta años. Se le podría ver y hablar; y creo que le contentaría y le sería fácil hacer de Luis XVII...

El doctor había abierto su boca, estupefacto, pasmado. Después, cogiendo exaltadamente el brazo de la señora Adriana, gritó:

—¡He aquí una soberbia casualidad y aventura! ¡Pero qué suerte y qué aventura!

Luego pidió con ansiedad noticias, pormenores...

—Verdaderamente, hija mía, creéis que ese pariente vuestro... ¿Dónde vive? ¿Cómo se llama? ¡Oh, decidlo todo, pero pronto!

Brígida no necesitó más.

—Se llama Roulette... Dionisio Roulette; y vive en el 15 del muelle de la Tournelle, piso 5.º; un cordón que tiene una borla muy grande en forma de bellota...

—Roulette, sí, eso es. Dionisio Roulette—repetía el doctor.—¿Qué buena suerte, qué aventura!... ¿Dionisio Roulette?...

Y se lo apuntó con tal viveza que se le quebró el lapiz. Luego cerró rápida y febrilmente su cartera de tafilete, haciendo crujir y bordonear la goma.

Y balbució:

—¡Ah, bien!... ¡Bravo!... ¡Si yo lo esperaba!

Un gozo severo, una alegría de cirujano serio bañaba su ancha faz.

—¡La salvaremos!—proclamó solemnemente.—Retened, guardad bien en la memoria lo que os digo

hoy, 15 de abril de 1840. ¡La salvaremos!

Las dos mujeres asintieron.

—¡Se librará!

Con gran cuidado puso Lecharme sobre sus cabellos un alto sombrero de enrolladas orillas que tenía asido con el pulgar y el índice. Luego, se pavoneó dentro de su cuello inglés; tomó su bastón de muletita de cuerno, y salió ufano, engallado, sacando su redonda panza, con paso de guardia nacional.

Una furiosa voz de enferma llamó desde la estancia paredaña:

—¡Señora Adria... na!... Señora Adria... na!...

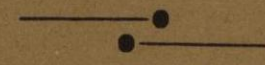
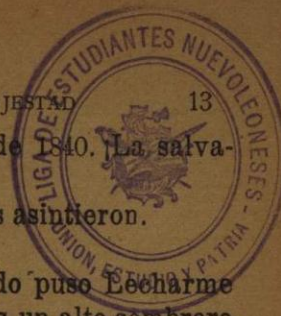
La estanciera acudió apresuradamente:

—Estoy aquí, señora, á vuestro lado. ¿Qué queréis?

Percibióse ruido de cojines y almohadones tirados á puñetazos; después, algunos suspiros.

Y de nuevo se escuchó la voz de la enferma que pedía frenética:

—¡Dádmelo!... ¡Yo quiero el Rey... el Rey... el Rey!...





CAPÍTULO II

«Toma tu fusil, Gregorio».
M. DE CHARETTE

LA señorita Berta-Emma-Yolanda de Morteuilles quedó huérfana muy tempranamente. Y después de una juventud mustia, clorótica y romántica pasada en Abbayeaux-Bois, cediendo á razones y consejos de interés y de familia consintió en desposarse con el conde de Saint-Salbi, un gentilhomme de Nantes que le llevaba veinte años, hosco y gruñón, retorcido por la gota, y preocupado únicamente de los minerales y de la Geología.

Apenas regresados de su tedioso

y desilusionante viaje de bodas, que no excediera de una semana, se sepultaron en Genêts, pequeño castillo, decrepito, carcomido, hincado en una campaña yerma y desoladora, á tres leguas de Paimbæuf.

Allí había vivido el señor conde solitariamente toda la primera mitad de su vida eremítica y silenciosa; y allí quería instalarse y habitar hasta su muerte.

Con sus plomizos y ruinosos torreones taladrados de viejas fenestras de cruceros; sus artesonados pandeados, fofos como panes mal cocidos; sus rotas pizarras, por las que penetraban los recios vendabales de otoño, y sus céspedes secos; la lúgubre mansión parecía una ruina encantada y maldita. Dentro encontrábanse rudas escaleras tortuosas de peldaños hendidos en el centro, como gastados por rodillas de peregrinos; angostos pasadizos solados con ladrillos blancos y negros y toda una crujía de glaciales estancias. En las claras noches estivales bajaba la luz de la luna por la garganta insaciable de las altas chimeneas. Algunas veces, al pie de las murallas,

se recogían buhos de cria caídos del nidal, apenas cubiertos de un leve plumón, que se quedaban inmóviles y bravíos, con un pico nigromántico y un gesto cómico y brujo de echador de cartas.

De tarde en tarde bajaba el conde, siempre envuelto en amplio ropón de seda cruda. Pasaba todo el día acodado sobre vitrinas de ébano, rotulando sílices ó escudriñando inmensos mapas en colores de la Tierra.

La señora condesa, abandonada á sus pensamientos y al hastio, fué lentamente avezándose á la soledad.

Durante las largas horas del invierno, la señora permanecía junto al hogar torrando rebanadas de pan con manteca dulce, toda encogida bajo la enorme chimenea presidida por un arcáico reloj que, tirando de un delgado cordoncito, tocaba una tonada de rancia gavota.

En el lienzo de las dos rejjas colgaba una vieja carta de rumbos y rutas de Francia, timbrada de la *rosa de los vientos* y de tres flores de lis.

Y los años, siempre iguales, sin sacudidas emocionantes, callados, té-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
 1917

tricos, fueron pasando sobre este matrimonio triste y estéril.

Desde los treinta, la señora de Saint-Salbi fué adquiriendo insensiblemente toda apariencia de vieja, de dueña doncellona; su continente grave, los gestos vagos, el paso mustio, los espejuelos resbalándosele por su alargada nariz, las bandas de sus cabellos cruzándole las orejas, las cofias con cintas de luto, los cuellos rígidos y angostos, con un botoncito; y de esta guisa todos los gustos y rarezas de las damas solteras envejecidas y todos los desabrimientos y terquedades de las señoras tias apergaminadas que cuidan severamente de conservas y de confituras.

Sólo su corazón de fervorosa legitimista no había envejecido. Fogoso y arrebatado, como el de una juvenil vendeana, ardía siempre en una llama viva de *chauvinismo* generosa y pura. La condesa de Saint-Salbi tenía la realeza en la sangre. Los Borbones eran sus dioses; la Flor de Lis, su crucifijo. Veneraba á Luis XVI y á María Antonieta como á los mártires valerosos que Roma ha canonizado; y sin vacilaciones,

jubilosamente, hubiera cedido todas las glorias del Imperio, todas las Águilas, todos los mariscales con sus sables turcos, todas las banderas conquistadas durante quince años en los cuatro ángulos de Europa, porque no hubiese sido segada la garganta santísima de Madame Elisabeth.

Pero más que todos Luis XVII, el desventurado prisionero del Temple, el inocente Delfin, el lindo cordero de la Torre negra, era el que, desde mucho tiempo, excitaba sus lástimas hasta anegarle de amargas lágrimas los ojos. ¡Ah, que venturosa se sentía amándole!

En presencia de la dama, era imposible pronunciar el nombre de Simón sin que un odio ferocísimo resplandeciese dentro de su mirada.

Veía al príncipe tan frágil, tan dulce, abandonado y entregado ¡el pobre reyecito! al abyecto zapatero. Se lo figuraba bello como un amorecillo, con su delicada palidez, una piel blanca y fina de doncellita contristada y su cabellera de paje, soñando su Trianon, la dulce pupila azul levantada hacia la lu-

cera de travesaños de hierro, ó lo imaginaba mordiendo enfurecidamente sus groseras ropas de prisionero para no cantar la *Carmagnole*... ¡Oh, le adoraba con toda su alma! «¡Su pequeño XVII!» Le ofrecía á su virginal memoria un culto religioso y apasionado, que remplazaba en su corazón al de la maternidad. ¿Era sólo á su memoria? ¡No, no! A Él, á su persona, á su figura, á su cuerpo de carne y de sangre y de huesos; á su cuerpo vivo, al Rey único, sumo y verdadero de Francia; porque en la hondura del pensamiento de la señora no era posible que Él hubiese muerto... no era posible! No. ¡Él, no había muerto!

Su muerte no había sido *aun* probada... Un denso misterio envolviera siempre, como de intento, su repentina desaparición... y la Historia, hasta la misma Historia no osaba todavía decidirse y pronunciarla. ¿Se había logrado conocer el lugar de su enterramiento ni exhumar su pobre y pequeño esqueleto? ¿Ni siquiera algunos restos perdonados, olvidados por la cal? ¿Ni un vestigio, recuerdo ni traza? ¿Nada? ¡Entonces!...

¡Verdaderamente Él sobrevivía! ¡Vivía, vivía, aún!

¿Dónde?

A la señora condesa le hubiera sido imposible responder con exactitud. ¿Dónde?... En el destierro sin duda, en los países cálidos, en tierra hospitalaria y remota, acaso en una isla desierta... ¡Pero, vivía!

Ella lo supo de fuente veracísima. Se lo había revelado... El mismo, muchas veces, en sus sueños de gloria en que se le aparecía con la caballera rizada, la frente superba de ungido, los ropajes fastuosos y el *Espiritu-Santo* de finísimos diamantes resplandeciéndole sobre su pecho cerca del costado del corazón, con las grandes y hermosas alas abiertas.

Y progresivamente este loco pensamiento, esta quimera de que el adorado y tierno monarca, el Moisés salvado del Terror, había crecido, se había hecho hombre, había envejecido y padecido; la idea de que alentase en algún rincón del mundo, ignorado de todos, obscurecido, desdichado, acaso muy menesteroso, dando lecciones ¡para no parecer de

hambre!... la envolvía, la anegaba como una marea, y se le adueñó despóticamente de toda su alma.

Era lo único que sostenía y alumbraba su taciturna vida, agarrada á la tenaz esperanza de verle, verle pronto ó tarde penetrando triunfadoramente en las Tullerías, arrancando el cetro de las manos burguesas de ese Luis Felipe, ese odioso detentador.

¡Y ese día de gloria, de felicidad excelsa, prometió á su corazón marchar velozmente á París! Y una alegría desbordada de fanática llevábala á imaginarse en una carroza de gala arrastrada por ocho caballos blancos y frisonos; y oía los *Te-Deum*, y ya escuchaba el alborozo y estruendo de las campanas y salvas de morteretes, mientras el Elegido pasaba á lo largo de los bulevares y por las grandes avenidas, bajo arcos triunfales de verdura, entre el formidable regocijo de las fiestas de la muchedumbre.

Aunque de condición fosca y taciturna, el señor conde respetaba la candorosa manía de su mujer y aun se dignaba apoyar con leves gestos

de agrado y hasta de estímulo las fervientes confianzas que, de tiempo en tiempo, se aventuraba ella á hacerle, un tanto cohibida. Es que no tenía voluntad bastante para abismarse sola en sus venturosas imaginaciones.

Once años vivió en continuo delirio, doblada siempre sobre los retratos del Delfín, coleccionados ávidamente, y hojeando les anales y memorias de la terrible época.

...Una tarde tormentosa de agosto fué hallado el señor conde en su aposento, tendido y muerto por el rayo apoplético. En su diestra tenía aún una preciosa *ágata-heliotropo*. Al derrumbarse, su cráneo había chocado con un busto de Cuvier, y una hebra de sangre le corría por la mejilla.

La condesa lloró.

Genêts fué casi desamueblado y cerrado con dobles cerrojos. Y cediendo á su ansia, siempre insaciada, la señora establecióse en París, con su cocinera Brígida, en un silencioso entresuelo de la calle de

Varenes, cuyos cuadrados ventanales se abrían sobre una embaldosada plaza que tenía tristeza y quietud de lugar provinciano, y en sus cuatro rincones se alzaban sendos postes viejos y pintados de verde, de hechura de horca, donde se movía una garrucha, un cordel y un farol.

Allí, su constante quimera se hizo intensísima. Visitó los Museos, registró los archivos y bibliotecas, y rodeóse de manuscritos, de estampas, de grabados y libros que le hablasen de su Príncipe.

Una vez á la semana marchaba á Versalles. Era un día de santas emociones ante la pomposa decoración de sus extravíos.

Desmayada, lacia, contristada, vagaba bajo las profundas bóvedas de verdores, por los umbrosos senderos y pasadizos del abandonado parque, entre un inquietante silencio, silencio como prescrito por un dedo que parecía posarse en los labios de mármol de las estatuas lavadas por las lluvias de muchos años; y un encanto de muerte, muy dulce, flotaba sobre los macizos de los jardines,

sobre las fontanas de figuras mitológicas.

Aquella noche no sosegaba. Si algunos instantes se dormía, era un sueño de tortura, de pesadillas *jacobinas* que la arrojaban del inmenso lecho, desnuda y descalza, gritando: «¡Al regicida, al regicida!»

Pronto declarósele una brusca fiebre, trastornóse su cabeza. Y durante un mes estuvo como en trance de muerte.

Sombria y trémula pedía que le llevasen el rey Luis XVII, el buen rey, el grande, el magnífico, ¡el único rey!... mandaba que la ataviasen prontamente para presentarse espléndida y hermosa delante de Su Majestad. Y ella misma escogía ropas, cintas, encajes, joyas y hasta el perfume que había de verter en sus finísimos pañizuelos. Gritaba llamando á sus lacayos, camareras y postillones; y prodigaba las palabras: «¡villanos! ¡belitres!» distribuyendo monedas y pescozadas, mandando y revolviendo, en su imperial delirio, toda la imaginada plebe.

Dos veces intentó suicidarse. Tu-

UNIVERSIDAD DE GUAYMAS
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
 GUAYMAS, SONORA, MEXICO

vieron que retirarle las agujas, los cuchillos y hasta los tenedores.

El doctor Lecharme, que la asistía, puso para su vigilancia y servicio á la señora Adriana, preciosa y fidelísima guarda y enfermera cuya solícitud y experiencia tenía ya probadas desde antaño. Y los constantes y amorosísimos cuidados fueron de santa eficacia. La enferma comenzó á dar esperanzas de sanar.

Lentamente la salud volvía precedida del apetito y del sueño. Pero la pobre cabeza quizás quedaba quebrantada para siempre. ¡Tanto se había grabado en su débil cráneo la incesante idea de Luis XVII!

Brígida estaba desolada.

—¡Oh, mi señora, yo no sé; podrá no estar loca, pero ella siempre anda con su tema! ¿Y todo, por qué? ¿Por qué, Madre Santísima? ¡Pues por uno que maldito si se acordará de la señora! ¡Por un Rey que ni siquiera sabemos si vive! ¡El colmo, Jesús mío, el colmo!

Y Brígida se hundía en su cocina, suspirando...



CAPÍTULO III

«Y ahora, Señor,
¿qué me ordenáis?»
VÍCTOR HUGO, *Ruy Blas*

EN el amplio comedor, colgado de tapices de Beauvais, y cuyos aparadores de palo de rosa y adornos en cobre refulgian llenos de vajillas y servicios de café de plata blasonados, el señor Lecharme daba á Roulette los supremos y últimos consejos y advertimientos.

Dos lámparas, con fanales lechosos de porcelana de Nevers, alumbraban dulcemente. Las grandes puertas estaban cerradas; las pesadas cortinas, caídas; el doctor hablaba muy despacio, muy conmovido

y en su boca se dibujaba un gesto circunspecto y grave.

Por vigésima vez reanudaba su discurso, con dudas angustiosas de algún obstáculo y contratiempo.

—¿Qué? ¿repetimos?... Bien. Según hemos dicho, yo paso primero, solo, completamente solo; abro la puerta, las dos hojas; en seguida, vuelvo, retrocedo; tomo el candelabro de seis luces, y llevándolo así, levantado á la altura de los hombros, entro andando hacia atrás, haciéndos espacio, inclinado con gran reverencia... Veamos; ahora os toca vuestro papel; veamos.

Roulette respiró sonoramente, iniciando una ufana sonrisa que quería significar: «¡Oh, podéis fiar en mí!»

Y comenzó a recitar de esta manera:

—Coloco mi mano izquierda á la espalda, mientras mi diestra se entretiene con el Espíritu-Santo que cuelga encima de mi pecho. Piso taconeando, y lentamente, las puntas de los zapatos hacia fuera; el paso, dudoso y cansado; la cabeza un poco mustia, inclinada al suelo, con actitud de tener muchos pensamientos

y de haber sufrido grandes males y trabajos... He de esforzarme para que aparezca en mis labios una sonrisa de monarca, bondadosa, paternal; me esforzaré y la tendré. Al entrar en el salón os indico que ya podéis dejar el candelabro, diciéndos: «¡Basta, señor, ya basta!» pero, claro, no me obedecéis y os obstináis en precederme, andando siempre hacia atrás, un poco ladeado. Después de algunos pasos os detenéis, quedando completamente inmóvil. Luego, dejáis el candelabro sobre una rinconera. ¡Atención! La Condesa se halla de pie, en medio de la sala. ¡Comienza el instante más solemne! Apenas me descubre se precipita, se postra, y queda abrazada á mis rodillas. Yo la dejo... me toma las manos, oprimiéndolas apasionadamente. Y yo, todavía le consiento que haga lo que quiera. Pasados algunos momentos nada más, me inclinaré, y desasiéndome de ella con dulzura, le diré dos veces haciendo una voz... ¡oh, una voz temblorosa, empañada!: «¡alzáos, señora, alzáos!» ¿no es eso?—se interrumpió con viveza Roulette.

—¡Seguid, seguid! — le pidió Lecharme, golpeándole cariñosamente en la espalda.

—De tan grande emoción, la condesa desfallecerá. Entonces, yo la sostengo pasando mi mano debajo de su codo; y con exquisita cortesía la voy llevando á la butaca azul que está junto á la chimenea. De pie aguardo que ella se siente y se sosiegue; y luego, acerco una silla. Quiere la condesa cederme su asiento, pero yo no lo admito; y volviéndome hacia el dintel, donde todavía seguís, discreto y reverente, os digo: «Podéis retiraros.» Y os marcháis. Y... ¡ya estamos solos!

—Hasta aquí — murmuró el doctor, —vais perfectamente. Sigamos.

—Sigamos — repitió Roulette. —Ya solos, tomo la palabra, y le digo, separando, espaciando mucho las frases, con cierta gravedad impregnada de tristeza: «De antiguo conozco, señora, vuestra fervorosa adhesión á la causa... Sí; vuestra inquebrantable fidelidad me es muy sabida y estimada. Acaso durante algún tiempo permanezca de incógnito en París... Pero he querido que,

entre aquellos que debían serme presentados en audiencia privada, fuese de los primeros la condesa de Saint-Salbi, porque necesitaba decirle de viva voz cuán bien hizo siempre de no haber desesperado. Y el día que suene mi hora en el reloj de Francia, yo estaré apercibido... Ella balbucea algunas palabras, y yo me levanto, y tendiéndole el estuche, que llevo preparado en mi faltriquera, le digo: «Ved, señora, una miniatura mía hecha en Inglaterra, poco tiempo después de mi fuga del Temple... ¡aceptadla, os pido, como una pequeña muestra de nuestro afecto!» Después, dejándola abismada de felicidad y confusión, saludándola paternalmente con mi mano y mi sonrisa, me encamino hacia la puerta donde os encuentro esperándome, empuñando un blandón. La señora Adriana lleva la enferma á su dormitorio, y nosotros nos marchamos tan frescos y satisfechos... ¿eh?

—¡Bien, estupendo! — dijo el doctor. Quedó un instante en meditación, y añadió: —No os olvidéis, por si fuere preciso, por si la señora iniciara algunas embarazosas reflexiones,

no os olvidéis, repito, de contestarle y satisfacerla con frases así...

—¡Ah, frases vagas? Ya sé, si: «tierra de destierro... dolorosos recuerdos... ¡el formidable peso de una corona! .. ¡pasado de duelo y de sangre!... ¡Estoy predestinado para el cumplimiento de una arriesgada misión!» Como éstas, ya tengo pensadas á racimos.

—¡Entonces, sea! — proclamó Lecharme enjugándose con su pañuelo, — ¡espero que todo saldrá á las mil maravillas! Pero andad, andad un poco que me dé yo cuenta de toda la figura.

Obedeció Roulette, y avanzó con pasos majestuosos, cruzando de lo ancho á lo largo toda la estancia.

Era alto, roblizo; el vientre, algo abultado descansaba en los tres últimos botones del chaleco, de florecillas bordadas. Su rostro ancho, macizo, de mejillas rasuradas, color café con leche, recordaba con exactitud el tipo borbónico, pero tenía un ojo parado, de conserje, y en sus rasgos grasientos, había un algo plebeyo, un sello de histrión que representase un papel de banquero, un

característico importante que se observa, que se escucha, complacido y seguro de su farsa.

El continente, á la vez sencillo y afectado, había sido objeto de un estudio metódico. Y su atavío era: peluca muy lacia y empolvada, de breve cola atada con una cinta; corbata de batista y chorrera de menudos pliegues; la casaca, lisa, color de violeta de Rouen, con botones cincelados; el calzón, de un apagado terciopelo; las medias, negras, de finísima seda; zapatos de cuero, con reluciente pantalia y hebillas de plata; espada de acero, con vaina blanca; y por debajo de sus vestidos asomaba el largo cordón-banda de moare turquesa.

Ocho días después estaba todo definitivamente concertado. Había admitido sin vacilación el designio de Lecharme. Prometía ser discreto y sumiso á cambio de que se le vistiese y mantuviese exento de todo gasto, y se le abonasen cincuenta libras. Acabada la faena devolvería insignias y ropas.

La más grande y costosa dificultad consistía en preparar a la conde-

sa, en llevarla suave, insensiblemente á la disparatada idea de que iba á recibir bajo sus techos al mismo Luis XVII en persona.

Al principio temió el doctor que se necesitase alguna tardanza para que se cumpliese su plan sin violencias ni sacudidas peligrosas.

Mas decidióse pronto. La fe de la señora de Saint-Salbi era tan viva y ciega, y tan alta y firme su convicción de que todo lo maquinado fuese cierto, que en verdad resultaba sencillo el realizarlo.

La noticia de que el Rey vivía no le fué dada con certeza para no impresionarla demasiado... ¡ella que no dudó un segundo de tan preciosa vida!

Después, no fué muy difícil convencerla de que hallándose Luis secretamente en París, deseaba conocerla y agradecerle su probada fidelidad.

En vez de prorrumpir en violentas y desatadas manifestaciones de júbilo, como él creía, quedó la señora en grave mutismo, en un abatimiento religioso. Unicamente su faz tornóse más pálida, y su mirada más

húmeda. A medida que el supremo instante se acercaba, un férvido recogimiento la desasía del todo y púdica y místicamente esperaba á su Rey como se espera la Sagrada Forma.

Una hora antes de la excelsa audiencia, hallábase ya en su estancia, dispuesta, peinada y ataviada, con un gran abanico en las pálidas manos. Sus ojos, que resplandecían con extrañas lumbres, no se apartaban de las lentas agujas del reloj que parecían clavadas en la esfera.

De súbito, rechinó la puerta; se abrieron estrepitosamente las dos hojas. Irguióse la señora como impulsada de una sacudida eléctrica, y su pobre corazón aleteó golpeándole el pecho...

Y Él apareció...

Adelantóse triste, magnífico y bueno. Sus ropas de medio luto le prestaban una sencilla majestad; su altiva y prócer testa, de cabellos nevados, se inclinaba hacia la tierra, y su piadosa sonrisa y su tranquila mirada de agradecimiento derramábanse sobre la señora como gracia divina.

Ella exhaló un hondo grito de triunfo; y arrojando su manguito, su ventalle, su pomo de sales, levantóse, corrió y prosternóse á los pies del ídolo...

Durante algún tiempo sólo se oía la lluvia de sus besos sobre las reales manos, sobre las amadas manos del Padre que le pedía dulcemente: «¡Alzáos, señora, alzáoos!»

Después, todo aconteció según estaba dicho y acordado.

Desapareció el doctor Lecharme. Y quedaron ellos solos, muy cerca, en el apacible salón, desde entonces convertido en lugar histórico...

Y El habló.

Y dijo admirables y sublimes palabras alentadoras, que se deslizaban de sus infalibles labios como un Verbo.

«... Y el día que suene mi hora en el reloj de Francia... ¡me hallaréis presto!»

Las rectas llamas de las bujías se recortaban en las penumbras como doradas flores de lis; los pebeteros de pasta de China, con esmaltes de las armas de Francia, exhalaban un perfume que embriagaba. Un ado-

rable silencio anegaba la sala... Y parecióle á la condesa que iba á desfallecer de ventura, á desmayarse y morir... ¡morir delante de Él!... Pero un viento frío pasó por su frente; sus manos quedaron yertas; se abrieron muy despacio sus ojos, y se vió sola, sola en toda la tierra, oprimiendo sus dedos un medallón con orla de oro... ¡Todo lo recordó entonces! Y ocultando su desolada faz entre las manos, sollozó; y luego lloró fuertemente la milagrosa, la divina visión desvanecida.

